

Presentación

I.

Hace algunos años, Hugo Zemelman planteaba una convocatoria necesaria para las ciencias sociales. Su tesis apelaba, desde estos marcajes, a la necesidad de la utopía, concretamente de un lenguaje utópico como metadiscurso que pusiera en el centro del discurso de la ciencia a la utopía. El sociólogo chileno, y también epistemólogo de la ciencia, se refería en aquella ocasión a lo que nombró como un problema de las ciencias sociales contemporáneas, ancladas en un discurso tecnológico intelectual incapaz de entender la preeminencia del pensar sobre el hacer en la ciencia.

Esta incapacidad de pensar, según Zemelman, se asociaba también con la incapacidad de poder nombrar siquiera lo necesario, lo indeterminado, lo potencial. Para el autor, el nuevo giro de la historia hacia derroteros menos esencialistas y decididamente relacionados con la aleatoriedad, imponía una perspectiva de análisis científico sobre la realidad que diera cuenta de la necesidad de un pensar utópico.

Este pensar, descrito por él a partir de lo que consideró desde su propuesta de la conjunción de lenguajes en el discurso de la ciencia contemporánea, permitió referir a la utopía como un nuevo discurso. Zemelman fue sumamente enfático respecto de que este nuevo discurso debería poner al centro a la utopía como sustantivo, desechando las aproximaciones conceptuales que hacían y aun hacen de ella una mera adjetivación.

La sustantivización de la utopía deja de lado, en su perspectiva, las acepciones valóricas o éticas para dar paso más bien a una lógica de la construcción del concepto de utopía que se recupera desde el enunciado mismo del sujeto en relación con el sujeto. Desde estas lindes filosóficas, la utopía no puede seguir siendo algo posible o deseable “per se”, sino más bien algo objetivamente posible, es decir, posible en función de condiciones históricas determinadas que hacen posible, a su vez, su propia posibilidad.

Así, según el autor, la utopía alcanza un estatuto de necesidad que se implica necesariamente en la naturaleza misma de la gnoseología del sujeto pensante; por ello, la utopía debe formar parte necesariamente del presente, en tanto sólo puede ser vital desde lo histórico-indeterminado como potencial. ¿Potencial para qué?, se preguntaría Zemelman. Pues para pensar, contestaría presuroso.

Esta breve introducción al concepto de utopía tal cual aquí lo manejamos abre una posibilidad para analizar desde él los tiempos presentes. En este libro, hemos intentando recuperar el potencial utópico de la interculturalidad como necesidad de un pensar ante la indeterminación del futuro. Se trata, como se ha podido ver, de un potencial que es tanto ético (desde la problemática moral sujeto-sujeto) como necesario en tanto imperativo gnoseológico (desde la problemática del pensar sujeto-sujeto, en tanto es el sujeto quien piensa incluso al objeto como objeto).

Desde estas premisas de partida, referir al futuro en tanto pensarlo, no disminuye ni un ápice al presente, mucho menos evade sus problemas y retos. La necesaria utopía de la interculturalidad apela más bien, en ese sentido, a una sustantivación de la utopía y del pensar utópico como potencial para interpelar el presente de la interculturalidad como forma de vida civilizatoria. Así, tal y como lo hemos venido planteando, la interculturalidad se implica como teleología de la vida.

Pero hay que tener en cuenta que una teleología que no se encamine hacia un orden civilizatorio fragmenta la naturaleza misma de la evolución biológica e histórica del ser humano. Y no se trata aquí de apelar a la religión como respuesta teleológica del mundo, o bien a las teorías y enfoques sobre la evolución que hacen de esta un sucedáneo de la idea de progreso en los términos tecnológicos que la Modernidad contribuyó a fundar. Más bien, la tesis que aquí se sostiene halla su razón de ser en una idea de progreso acotada a aquello que implique dignidad y respeto por la vida, no sólo la humana, sino de y por la vida en general. En ese sentido, el progreso evolutivo tiene una fuerte carga biológica, y también una fuerte impronta civilizatoria, del orden del buen vivir generalizado al interior de la relación sujeto-sujeto.

Si en el caso humano esta relación estaría signada prevalentemente por la ética, en el orden natural la relación sujeto-sujeto lo estaría por la incertidumbre y la indeterminación de la historia y su devenir. La realidad es azarosa y nosotros formamos parte en dicho azar. Nuestras prácticas, nuestras acciones y pensamientos llevan una responsabilidad implícita en el devenir histórico del que somos partícipes, y esto debe estar claro para nosotros como científicos sociales y como personas.

La fórmula civilizatoria de la Modernidad ha puesto a la razón en tanto pensar en el centro de su propia fundamentación, pero si no procuramos un pensar utópico que desdeñe los determinismos, esta razón carece de razón, e incluso de incentivos, para pensar el futuro. En ese sentido, la razón conserva en su mero foco a la razón misma porque es a través de la razón, y del esfuerzo por pensar utópicamente, es decir, por pensar lo que está dándose en el presente desde la impronta de lo dándose como necesario en lo indeterminado, que podemos pensar proyectivamente.

Esto es lo que nos parece más importante del planteamiento de Zemelman para el objetivo y la pretensión de este libro, donde la interculturalidad se plantea justamente como utopía, es decir, desde las configuraciones teóricas y prácticas de un pensar utópico. Por ello, la interculturalidad como pensar utópico invita al pensamiento sobre lo indeterminado, sobre lo que no está garantizado que se dé, sobre la relación gnoseológica que impulsa el sentido de la vida como búsqueda del sentido del propio vivir, el *para qué* de la vida misma.

Si nos pensamos como humanos en tanto materia pensante, la razón adquiere aquí un sentido de vida verdaderamente importante e insoslayable puesto que se articula en la misma esencia de la vida como motor de esta. Una vida humana sin pensamiento elude la responsabilidad natural de la vida misma en tanto vivir; de ahí la comprensión de un vivir azaroso e indeterminado, ajeno a los constreñimientos de la finitud que conformamos, es un vivir que nos acerca al carácter biológico, natural, del pensar.

Dentro de estos marcos, parece quedar claro que el pensar —básicamente en el caso humano— es una más de las funciones vitales para gestionar la vida y la sobrevivencia con fines adaptativos,

y concretamente, para fines morales adaptativos que son los fines que desde el plano simbólico garantizan la reproducción biológica de la especie humana. Sin embargo, a diferencia de otros animales sociales, los seres humanos poseemos un grado de consciencia que se cree hasta ahora superlativo porque no sólo somos conscientes de lo que nos rodea (incluyendo aquí al otro diferente), sino que también somos conscientes de nosotros mismos, de nuestra existencia espacio-temporal y de nuestras acciones y pensamientos en ella. Los seres humanos sabemos que nuestros actos tienen consecuencias pues poseemos la capacidad de pensarnos a nosotros mismos, de ser autorreflexivos.

Es esta capacidad la que nos ha proporcionado el sustento moral de nuestras vidas, ceñido básicamente en términos biológicos a la supervivencia de la especie humana, a su vez orientada a través de principios y mecanismos de cooperación, de solidaridad, de ayuda mutua. No obstante ello, la vida particular de los individuos desde la cual los imperativos de especie se soslayan, deja ver el egoísmo que sin tachaduras morales añadidas, recrea mecanismos y principios de competencia necesarios, y a veces, pertinentes e incluso loables también en este camino imperativo que es el vivir.

Así visto, la vida toda sucede a través de oscilaciones entre cooperación y competencia, donde la cooperación puede pensarse como el impulso colectivo de la vida, y la competencia como impulso individual. Pero en tanto seres sociales, es decir, necesitados del otro para gestionar nuestra propia vida individual, los humanos estamos destinados biológicamente a privilegiar los mecanismos y principios cooperativos que garanticen nuestra sobrevivencia colectiva. En estos tiempos, al parecer, andamos desbocados por el camino contrario.

Si entendemos la interculturalidad como un pensar sobre la vida cooperativa, solidaria, damos con ello un paso hacia adelante en la comprensión de su importancia para la sobrevivencia de la especie; por ello la interculturalidad se instala –tal cual aquí se pretende– como un pensar utópico que, consciente de lo indeterminado de la vida, y no sólo de la historia o del presente, apele hoy en día al esfuerzo por centrar la atención en el futuro, ese futuro que por más que se piense que no, no está –ni puede estar– garantizado en lo absoluto porque depende de nosotros mismos, de nuestras acciones y pensamientos en el presente.

Hoy vivimos un periodo de competencia social voraz, casi lastimosa. Hay muestras y ejemplos cotidianos de exacerbación de la violencia y las desigualdades, hay exclusión, hay odio, hay discriminación, humillación, rapiña, hay muerte y falta de voluntad para comprender que somos distintos y que la diferencia toda, aunque aquí nos hemos enfocado más bien a la cultural, es parte constitutiva de lo vivo. La norma natural no es lo homogéneo, sino la diversidad, y sobre este principio de diversidad hemos de postular nuestra sobrevivencia no sólo biológica sino social, simbólica, cultural... ideológica al fin y al cabo, en términos esencialmente cooperativos. Es esto lo que se infiere de la apuesta conceptual que aquí se hace sobre la interculturalidad como utopía, no como posibilidad *per se*, sino como una posibilidad de construirla, aquí y ahora, desde el presente, a través de nuestros propios actos y pensamientos.

Una utopía intercultural como la que aquí se propone tendrá que apelar necesariamente a una racionalidad sensible, a la imbricación –también natural, pero pocas veces entendida– entre razón y emoción, entre vivir y pensar. O más: a hacer del pensar racional-sensible un modo de vida,

pues es desde este pensar que experimentamos al mundo, al otro y a nosotros mismos; de ahí su papel, su rol o función gnoseológica –ontoepistemológica- en la sobrevivencia.

Este pensar utópico, que en nuestro caso se devela como pensar intercultural, supone entonces una apuesta por el otro como sí mismo y viceversa, es decir, una vuelta a las raíces de lo semejante no sólo en términos garantistas, sino –y diríamos también que sobre todo- en términos del otro por el otro, y por uno mismo. Este es el principio elemental para la observancia de los derechos, pero también, y de manera concreta, es el principio fundacional de la vida social.

La necesidad de la utopía intercultural adviene así como una necesidad vital frente al otro semejante, una necesidad de comprender su finitud desde la comprensión de la nuestra, sus limitaciones desde la asimilación de nuestros propios límites –especialmente los gnoseológicos-, su diferencia a partir de comprendernos como individuos únicos y a pesar de ello iguales, en tanto miembros de la misma especie; o desde un punto de vista maximalista: en tanto seres que compartimos el mundo, viviendo, y en el caso de nuestra especie, pensando. Pensar para poder vivir, porque sobre todo en los humanos vivir la vida es –literalmente- pensarla.

II.

Este libro presenta reflexiones que nos han parecido importantes para ejemplificar el propósito que conlleva, que es el de abrir el debate en torno a lo que entendemos y vislumbramos a favor de la necesidad de comenzar a pensar el proceso mental y civilizatorio desde el que creemos debe orientarse el sentido de refundación de la Modernidad a partir de la convergencia, ahora posible, del aspecto quizá más positivo que haya tenido la irrupción crítica posmoderna: la reivindicación de los derechos ampliados en el panorama simbólico de la cultura contemporánea.

El libro pretende posicionar el tema de la utopía como un tema del futuro, estrechamente vinculado a la diversidad y la diferencia cultural como ejes constitutivos de la interculturalidad desde un escenario garantista, y plausible de insertarse en la agenda pública de la política social contemporánea. Este enfoque parte de entender la cultura en su acepción macro (sentido de nación) y micro (desde las diferentes identidades socioculturales que cohabitan en un mismo espacio social), como instancia multicultural desde donde se hace necesario garantizar la gestión de la pluralidad y la diversidad social y cultural en todos sus frentes, en el marco de un ideal civilizatorio que no solo las garantice, sino que también las promueva.

En ese sentido, este libro reúne cuatro textos en torno a la reflexión teórica y epistemológica sobre los fenómenos que atañen al tema de la interacción entre culturas desde una perspectiva intercultural. En todos ellos se halla la impronta de un proyecto político como figura conceptual por excelencia para la concreción de un ideal civilizatorio que articule teoría y praxis en nuestro devenir contemporáneo en pos de un mundo mejor para todos.

A propósito de lo anterior, el libro se organiza a través de la exposición de cuatro textos académicos. Como primer texto está el magnífico artículo de Cynthia Pech *La interculturalidad en su paradoja*, que señala con gran claridad no sólo los recovecos empíricos donde la interculturalidad se asienta en los tiempos presentes, sino que también alude a las contradicciones mismas del término y sus ponderados de buena voluntad. El texto de Pech nos posiciona en un entramado de

reflexiones que es necesario tener en cuenta y hacer para poder mirar con claridad un futuro que se antoja difícil de predecir. La autora hace suya la ética universal de Benhabib en un intento por ofrecer una respuesta o salida al problema de los fundamentalismos nacionalistas, étnicos, religiosos o de cualquier otro tipo que cohabitan, un poco paradójicamente, junto al paradigma de los derechos, en este siglo XXI. Desde una visión crítica sobre el aspecto del diálogo intercultural, ajeno a los indeseables trazos del poder, Pech reconduce sus argumentos hacia una postura ética universalista, de raigambre moderna, desde donde considera es posible anidar un ideal de reciprocidad, respeto y reconocimiento del otro, entre todos.

Le sigue el interesante texto *La empatía como estrategia intercultural en el cine. Una reflexión sobre la obra de Wong Kar-wai*, de Blanca Alonso. Se trata de un texto que desde el análisis cinematográfico logra permear la reflexión sobre la interculturalidad de aspectos emotivos, sensibles y estéticos, insoslayables en la opinión de la autora en una visión de la otredad. El texto de Alonso coloca una discusión pertinente sobre cómo el tema de la interculturalidad se halla inmerso en algunos productos culturales como los filmes, apuntando por medio de ellos a la transformación necesaria de nuestros referentes culturales asociados, expresados y usados en la cotidianidad.

El tercer texto que compone este libro es, por su naturaleza honesta y autorreflexiva, uno sumamente relevante. Tiene por tema a la interculturalidad misma, a partir de la reflexión de un grupo de investigadores en torno a sus experiencias interculturales con las Naná de Michoacán. Este texto, que configura un acercamiento a la relación entre interculturalidad y poder, permite recuperar la utopía intercultural desde lo que los autores denominan una interculturalidad crítica, centrada en la desconstrucción de las relaciones de colonialidad a través del diálogo persona-persona. Así, *Implicaciones teórico-metodológicas y éticas de nuestro encuentro con la interculturalidad. La experiencia con las Naná*, de Diana Espejel, Víctor Faccio y Noemí Luján, describe una ruta de acción tanto como de reflexión en torno a la experiencia intercultural.

Por último, se halla el texto que escribe una servidora, cuyo título *Interculturalidad, moralidad y utopía. Notas para un lectura biopolítica del futuro*, apela a las bases epistemológicas, conceptuales y metodológicas necesarias para fincar las premisas que explican a la interculturalidad como un esfuerzo. En ese sentido, el artículo intenta explicar cómo la interculturalidad representa una opción utópica civilizatoria imprescindible para la concreción de un mundo mejor en las circunstancias actuales de nuestras sociedades contemporáneas, repletas tanto de solidaridad y sentimientos que apelan a la inclusión, la equidad, la justicia y los derechos, como rebosantes también de odios, fundamentalismos nacionalistas, exclusiones, visiones irreconciliables de la diferencia, la ajenidad, el/lo otro. El texto se desprende de una reflexión sobre el carácter normativo de la necesidad de la interculturalidad como utopía, pero lo hace desde una perspectiva de análisis que combina, articulándolas, aspectos de la biología y la cultura.

En aras de reintegrar el conocimiento científico a la sociedad, esperamos sinceramente que este esfuerzo colectivo pueda ser útil a los estudiosos de la interculturalidad y la comunicación intercultural tanto como para quienes sólo las ejercen. Este es un libro que, en ese sentido, ha pretendido poner el acento sobre la imperiosa necesidad de pensarnos como sujetos finitos, delimitados por el tiempo y el espacio de nuestra existencia histórica y presente, pero responsables innegables del devenir que ayudamos a construir a través de nuestras prácticas y sus resultados.

Los alcances actuales de la problemática de la exclusión, la discriminación y la falta de reconocimiento del otro, placean la magnitud de estas problemáticas que en pleno siglo XXI nos siguen señalando sin piedad, parafraseando a Nussbaum, las lindes de la fragilidad del bien y la importancia de andar más que juntos, articulados, en el camino que se abre desde nuestra responsabilidad con respecto a la historia, el presente y el futuro de la civilización humana.

Vivian Romeu.